

---

## INTELECCIÓN DE LA BÚSQUDA LLAMADA MODERNISTA

Marcel Légaut (1)

En nuestra época, un cristiano, si quiere estar a la altura de su deber hacia la Iglesia y avanzar en la intelección tanto del carácter personal como de la dimensión comunitaria de la fe, necesita urgentemente llegar a comprender la manera como el espíritu de los Evangelios ha conseguido, a trancas y barrancas, perpetuarse a través de los siglos.

Si un número suficientemente importante de cristianos no llega a ser consciente de la manera peculiar en que se perpetúa el espíritu de los Evangelios, la Iglesia será incapaz de cumplir su misión espiritual –de suyo sobrehumana– que, por otra parte, ahora es más claro que nunca que es su sola razón de ser dado que la evolución de las sociedades hace que ya no pueda volver a tener el poder y, por consiguiente, la influencia secular que tuvo antaño. De lo contrario, su declive, considerable desde hace algunos siglos, continuará acelerándose hasta llegar a encontrarse en una posición marginal. Su desaparición será tanto más desastrosa cuanto que la Iglesia, en lo esencial de sí misma, ha nacido de la esperanza fundamental del hombre, eco en él de la llamada de Dios. Jesús, plena y totalmente humano, dio expresión y respuesta, a través de su ser, a esta esperanza y a esta llamada. La casi desaparición de la Iglesia condenaría, tarde o temprano, a la tierra a una ausencia radical de Dios y a la derelicción en la que el hombre desfallece cuando es consciente de su condición.

---

(1) Las páginas que siguen son el Anexo II de *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, París, Aubier, 1975, págs. 307-313. Este Anexo obedece a una llamada situada al pie de la p. 240 de dicho libro. El lector encontrará traducida esta p. 240 en el *Cuaderno de la diáspora 15*, noviembre de 2003, p. 98-99, dentro del artículo

Este llegar a ser conscientes los cristianos de la manera peculiar de perpetuarse el espíritu de los Evangelios no sería exagerado afirmar que es un gran descubrimiento dado que éstos, por lo general, sólo conocen a la Iglesia por la imagen que ésta les muestra, es decir, su Institución, y no por la acción secreta que la perseverancia y la fidelidad de su Comunión incesantemente alimenta y asegura pese a tantas situaciones y circunstancias como tienden a corromperla y destruirla.

La mayoría de los cristianos no piensa que la permanencia de la Iglesia no se debe a unas estructuras sólidas de “origen divino” *sino a la entrega sin límite que algunos de entre ellos ofrecen a la Iglesia, desde los orígenes y a través de los siglos, respondiendo a una moción divina*; una entrega que no sólo comporta la consagración de toda la vida sino, muchas veces, el cumplimiento de ésta según una pasión que prolonga la de Jesús; pasión cuya necesidad éste comprendió y afirmó para el ejercicio y el buen fin de su misión.

---

«Descubrir la comunidad de fe», en el epígrafe «El trabajo de formación intelectual y espiritual en la comunidad de fe». La llamada al “Anexo II” tenía que haber ido al final del fragmento siguiente:

... para comprender bien ... la crisis actual de la Iglesia ... la desafección que el Mundo le manifiesta –y que no es únicamente por los pecados de los hombres–, hay que conocer ... la época del modernismo ... ; hay que enterarse de los sufrimientos y humillaciones que entonces se infligieron a algunos cristianos de entre los mejores o, en todo caso, de entre los más lúcidos y valientes de aquel tiempo. Ciertamente, estos hombres se equivocaron a veces en su manera de ver las cosas o de comportarse, lo cual, además de ser humano, es particularmente fatal en medio de la exasperación de las controversias... La Iglesia oficial organizó posteriormente un verdadero *muro de silencio* para dejar a los cristianos de hoy sin memoria y en la ignorancia de las prácticas untuosamente policíacas y brutalmente eclesiásticas que ... , según decían, sólo afectaban a algunas ovejas descarriadas ... Estos cristianos fueron vencidos en el combate ... expulsados o puestos a la sombra, y por eso la Iglesia se encuentra hoy en un profundo desconcierto intelectual ... No obstante, si la Iglesia comenzó hace cincuenta años, aun sin reconocerlo ni confesarlo demasiado, a tomar conciencia de sus errores y de sus desviaciones ... fue gracias ... a estos creyentes ... A

Desde hace dos mil años, en cada generación, algunos cristianos han mantenido de esta forma –como podían, y a menudo en la oscuridad de la fe, la inverosimilitud de la esperanza y la imposibilidad de la caridad– el recuerdo inteligente, vivo, actual, eficaz, de los pocos meses que Jesús pasó con sus discípulos: epopeya espiritual de tal dimensión y cualidad –íntima y universal– que el Mundo no cesa de sentirse interpelado por ella. A través de los siglos, en tanto que discípulos, han sido testigos de su Maestro y signo de su presencia constante. Así es como han transmitido sus dos herencias: la comunión con Dios en la Acción Creadora –de la que todos y cada uno son a la vez obra insigne y agentes únicos y realmente eficaces–, y el espíritu de las Bienaventuranzas, tan ajeno a la mentalidad de los hombres, abandonados a una mezcla de espejismos y de temores, de futuros dorados y de catástrofes inminentes.

Esta historia interior de la Iglesia –única de tan singular y sólo superficialmente recogida en los libros– no es únicamente la historia de un pasado remoto que, con el tiempo, la Iglesia oficial encumbra y dispone convenientemente, igual como hacía Israel cuando celebraba a sus profetas tras haberles perseguido, reducido a la impotencia e incluso eliminado. Esta historia es también la de nuestro siglo.

Hoy día, esta historia reciente es la que, por serlo, puede contemplarse y comprenderse mejor, más en vivo. *Ella es la que puede des-*

---

partir del Vaticano II, la Iglesia ha cambiado más ... que durante los siglos precedentes, a pesar de que la mutación que urgentemente necesita [aún] no esté en marcha ... Hay que heredar el valor y la fe de aquellos hombres cuya pasión era la integridad intelectual; integridad que no creyeron que fuese incompatible con la fe sino que, al contrario, comprendieron que la misma fe la exigía para ser real. Hay que seguir los pasos de aquellos que no desesperaron de la Iglesia para poder contarse entre los obreros útiles de los tiempos por venir en los que la Iglesia saldrá purificada y victoriosa de las aparentes victorias que creyó conseguir ... entonces (*ver Anexo II*).

Al no disponer de este Anexo, no se incluyó su “llamada”. Sin embargo, al concienciar esta falta, en 2003, nos propusimos traducir y unir este Anexo a los otros dos textos extensos de Légaut sobre el modernismo, que ahora publicamos.

*pertar el sentido de lo real cristiano, mucho más y de otra forma que como pretenden hacerlo la doctrina y la devoción.* Ella es la que interpela al cristiano de toda la vida hasta llegar a quebrar su inercia, inconsciente y congénita, y llevarle a la conversión.

Los protagonistas de esta historia recientísima se enfrentaron a las mismas preguntas que todavía seguimos haciéndonos hoy cuando tenemos la honestidad y la valentía de no eludirlas. Son ellos quienes intentaron responder a ellas o, en todo caso, mantenerlas sobre la mesa, aun sin resolverlas, a título de creyentes fieles a su propio universo mental, todavía cercano al nuestro. Incluso cuando se equivocaron –y, ¿quién se atrevería a reprochárselo y sería tan ingenuo que se asombrase de ello?–, también nos enseñan con sus errores, que ya se comenzaron a manifestar en el choque de las intuiciones progresivas y en el de las generaciones sucesivas. Nos enseñan algo que ninguna docilidad, con su sumisión sin historia, hubiera podido recibir, ni ninguna autoridad, con su seguridad sin problemas, hubiera podido imponer.

¿Qué intelección de lo que es propiamente la fe, y qué afianzamiento de su misma vida de creyentes extraerían los cristianos del conocimiento de la historia de la Iglesia de comienzos de siglo si llegaran a comprender el núcleo de la misma y no se contentaran con unas cuantas ideas vagas al respecto! La Autoridad es más que discreta acerca de lo que sucedió, y manipula los hechos de forma favorable para sí. Conservadora por naturaleza, y con una inclinación natural a sentirse suficiente y satisfecha de sí misma, la Iglesia aún se niega a ver que el camino de su misión y de su salvación está en la vía que algunos creyentes, como auténticos pioneros, van iniciando no sin hacerlo a tientas y a pesar de ella misma.

¿Qué esperanza visitaría y qué llamada al don de sí escucharían los cristianos si comprendieran que las búsquedas, de apariencia sacrílega, y los cuestionamientos, al parecer temerarios, así como las afirmaciones, atrevidas y casi provocativas, no buscaban necesariamente la ruina de la fe, tal como juzgan algunos, sino que, por el contrario, provenían de una fidelidad a unas llamadas verdaderamen-

te procedentes de Dios, captadas en medio del contexto fatalmente ambiguo del hacer y del decir!

Entonces, los cristianos podrían llegar a comprender que las transformaciones, de todo tipo y a todos los niveles, que estos hombres planteaban en la Iglesia, y que apuntaban tan directamente a sus estructuras que algunos temieron incluso que podrían derrumbarla enteramente, eran, por el contrario, un signo de que, por fin, el cristianismo empezaba a tomar conciencia de los graves peligros que le acechan, aun sin saberlo, mientras permanece inmerso en las imaginaciones piadosas de las devociones antiguas, dormido en la inmovilidad sacralizada de los siglos de cristiandad. Entonces, los cristianos llegarían a convencerse de que es tener poca fe creer sin osar mirar de frente a lo que se cree y sin atreverse a examinarlo en profundidad, con todos los medios de investigación que el conocimiento pone a su alcance.

Vivimos en una época en que todo está en cuestión a fin de que lo que subsista quede asentado sobre bases sólidamente implantadas en la profundidad humana y *no sólo acampe sobre unos usos y costumbres que antaño sirvieron para que el hombre se ajustase a una forma religiosa de pensar y de vivir, eficaz en su época, pero que, actualmente, lo anestesian por no responder ya a su universo mental, transformado por la ciencia y la técnica*. Sólo sobre fundamentos así podrá cada uno construirse y edificarse a sí mismo, poniendo en obra toda su humanidad sin deformarse ni mutilarse. ¿Acaso no es ésta también una condición necesaria para que los cristianos reciban, sin perder ni falsear nada, de Aquél que les llama en lo más íntimo, a fin de que, unidos a él y fecundados por él, den unos frutos dignos de él, que les conduzcan, además, a su cumplimiento?

Tiempos exigentes en los que la integridad del espíritu y la autenticidad de la voluntad, inseparables una de otra, se descubren al fin ser la sola base necesaria sobre la que poder construir el edificio espiritual no de forma imaginaria, cerebral, prefabricada y en falso. ¿Cómo descubrir, si no, que la fe no es sólo adhesión a una doctrina, que la fidelidad lleva más lejos que la obediencia, que la comprensión de quién fue Jesús desborda ampliamente el conocimiento

de los datos cristológicos más ortodoxos, y que no hay ni moralidad ni práctica religiosa que equivalgan al ejercicio de la propia misión?

¡Qué largo es el camino que lleva de la subjetividad a la interioridad; de las creencias –y de la imaginación que rellena los vacíos, y de la intelectualidad que se mira en sus propios sistemas– a la fe! ¡Fe a la que la inteligencia que tenemos de lo real, interior y exterior, asociada al espíritu crítico más agudo, purifica sin descanso de todas las evidencias, construcciones, representaciones y formas de decir en que se inscriben los intereses heredados del pasado y las incitaciones del presente! Este camino llevará a la pobreza de espíritu, única forma de desposar la ignorancia de lo que no puede ser sino ignorado para poder ser respetado en su propia naturaleza; y, por eso, este camino *permitirá percibir lo sagrado en la profundidad donde el hombre es verdaderamente hombre, con exclusión de cualquier otra realidad exterior a él que sólo puede dar de lo sagrado un reflejo siempre ambiguo, siempre en potencia de convertirse en ídolo.*

Esta obra de purificación, de profundización y de cumplimiento es capital: es crucial por lo que cuestiona de manera tajante; y es sin límites por el valor humano que exige para llevarse a cabo. No se trata sólo de censurar y de rechazar sino de descubrir y de acoger lo real que se buscaba antaño; real parcialmente alcanzado entonces y que después se fue progresivamente perdiendo, falseando o muriendo. Se trata de *descubrir y de acoger lo real, escondido o entreverado entre las proposiciones que se afirmaron antaño y que, por rutina o por disciplina, se siguen afirmando aunque la forma de hacerlo ya no responde al objetivo inicial por el que dichas proposiciones se afirmaron.*

Esta obra de purificación no nace sólo del espíritu crítico sino de la fidelidad; compromete al hombre por entero; y exige una pureza de corazón que sea la consumación de una integridad intelectual sin fisuras. Asimismo, esta obra, tanto por la extrema dificultad de que alcance su objetivo como por la condición imperfecta y los medios limitados de los seres que se consagran a ella, está condenada a explorar todos los atolladeros, tantear todas las pistas falsas, perseguir todos los espejismos y conocer todos los vértigos. Sin embargo, a

fuerza de atascarse, de tropezar y de errar, avanza. Nada podrá impedir su progreso. Nadie podrá borrar sus resultados. Las generaciones pasarán pero su fruto no pasará.

Por desgracia, en los siglos pasados, pocos cristianos comprendieron qué necesaria era esta obra esencial sin la que la Iglesia irremisiblemente estaba condenada a la esterilidad por la que sería justamente rechazada como el fermento que pierde su fuerza o la sal que ya no condimenta. En vez de animar a los cristianos a esta clase de crítica y de búsqueda, la religión, tal como se concebía y se imponía entonces, los abocaba al anatema.

Sólo los hombres más despiertos se consagraron a esta labor. Sin embargo lo hicieron fuera de la Iglesia y, además, no tanto como fruto de una inteligencia espiritual animada por la fe cuanto como reacción contra la omnipotencia de la Institución eclesiástica, centrada en conservar no sólo lo mejor sino lo peor, al precio que fuera. Esta reacción, por más justificada que fuera y por más enraizada en lo humano que estuviese, no era ajena a una pasión partidista y a una estrechez y dogmatismo sectarios. Por eso no podía ir mucho más allá de un trabajo crítico cuyos primeros resultados sólo evidenciaron el desmoronamiento de lo que sólo se sostenía por la inercia de la rutina y la unanimidad de las costumbres, aún fuertemente mantenida. *Trabajo relativamente tosco, dedicado a lo más aparente, topando con lo más tupido, sin la sutileza requerida por cuestiones tan delicadas, era incapaz de conservar y de destacar el valor de lo que queda y sigue siendo lo esencial pues era inevitable que echase a la escombrera y de cualquier manera todo aquello a lo que estos hombres, aunque fueran sinceros y honestos, permanecían profundamente ajenos por no haber alcanzado el nivel de la fe.*

Sólo los creyentes, porque no se consagran a esta tarea sólo por reacción sino por fe, pueden llevar a cabo esta obra en la que van parejas la decantación y la clarificación progresivas de la religión, su lento acceso a la profundidad del hombre y su acercamiento ilimitado a la alteridad de Dios. La fe vivida en su originalidad fundamental y con la totalidad de lo que uno es, que incluye la integridad del espíritu y la autenticidad de la voluntad, es necesaria *para consagrarse útil-*

*mente a esta tarea, difícil entre todas, que necesita de un sentido de las realidades espirituales y de una inteligencia ágil y elástica para saber aprehender estas realidades en su sutileza así como expresarlas con precisión y respeto por sus matices a pesar de lo que éstos tienen de imponderable y de huidizo.*

Precisando más, tienen que ser la fe y la fidelidad a sí mismo y a Dios las que convoquen a estos creyentes a esta obra, y no el simple deseo de ratificar o de querer compartir con otro lo que uno cree adquirido definitivamente de modo que considera poder asentarse y descansar por fin en ello. *El conservadurismo a la defensiva, embargado de pánico, y el proselitismo que pretende conquistar, demasiado seguro de sí mismo, son tan incapaces como la oposición sistemática y la rebeldía para llevar a buen término esta obra de purificación, de autenticidad y de profundización.*

No fue sino a finales del siglo pasado y principios de éste cuando, en número suficiente, algunos cristianos de entre los más formados se entregaron, empujados por su vida espiritual, a este trabajo capital como a su misión. De resultas de ello, la Iglesia experimentó grandes convulsiones, no sólo debidas a la importancia de los planteamientos y a la gravedad de las soluciones propuestas sino por las consecuencias, de todo tipo y de largo alcance, que este ejercicio de la libertad implicó en un clima tan protegido y tan dirigido hasta entonces por una Autoridad soberana que controlaba vigorosamente a toda la Iglesia.

La Institución –impugnada violentamente desde el exterior y sintiéndose en continua regresión desde hacía siglos aunque lo disimulase en parte la inercia de las costumbres religiosas, siempre lentas en degradarse– se veía a sí misma como una fortaleza asediada, en estado de alerta y a la defensiva. La Autoridad se encastilló en su “origen divino” y, segura de la inspiración sobrenatural de su gobierno, reaccionó violentamente contra unas iniciativas cuya novedad, muchas veces radical, rechazó de plano. Temerosa ante cualquier cambio que procediera de estas iniciativas, no comprendió a qué necesidades respondían.

Inconsciente, pues, del peligro mortal que corría la Institución a causa del hieratismo e inmovilismo en los que se encastillaba, la Jerarquía, que todavía tenía poder sobre las inteligencias, y que dispo-



nía además de un aparato de delación y de represión ciegamente disciplinados, creyó poder bloquear definitivamente, por estos métodos, lo que creía que amenazaba a la Iglesia tanto desde el interior como desde el exterior. Lo hizo con la acritud y la brutalidad propias de una Autoridad altanera. Y lo padecieron, sobre todo –y hay que decir que atrocemente–, justo los cristianos más dedicados a la Iglesia, los cuales, amándola más que a su vida, le permanecieron fieles contra viento y marea, y perseveraron, a toda costa, en la obra que consideraban decisiva y necesaria para que la Iglesia fuera fiel al espíritu de Jesús y pudiera responder a su misión.

Imposible exagerar la importancia de esta época a poco que se quiera comprender de veras las dimensiones de la crisis actual y entrever la importancia de la mutación que ésta exige. En contra de lo que algunos todavía piensan, “el modernismo” de principios de siglo no fue un fuego mal apagado que, incubado bajo los rescoldos, se ha reavivado ahora de repente y ha provocado un nuevo siniestro, que la Iglesia debe volver a dominar combatiéndolo de la misma forma que antes. Esto confirma que no se supo ver que este movimiento de fondo era una llamada de Dios y que su verdadero origen surgía de la grandeza del hombre y no de su orgullo.

Han pasado más de cincuenta años ya desde entonces. Hoy en día, en la medida en que las personas que poseen los documentos no se oponen ya a su publicación por una piedad mal comprendida, podemos tener libre acceso a la correspondencia que intercambiaron entre sí algunos de aquellos cristianos. En ella se expresan con más claridad y libertad que en las obras que pudieron publicar –varios de ellos fueron condenados al silencio por la Autoridad eclesiástica–. En esta correspondencia dicen lo que piensan; exponen la forma que cada uno escogió, en conciencia, para librar su combate, para soportar la aspereza de las controversias, la infamia de las condenas y para permanecer fieles a aquella Iglesia que los aplastaba con su suficiencia pero a la que se habían entregado para siempre.

¡Qué valor tan inestimable tiene, para el cristiano de hoy, poder meditar con realismo la historia de estos grandes creyentes a partir de

sus propios textos, así como poder comprender, con perspectiva, que su vida crucificada fue al fin fecunda! Gracias a la fidelidad y a la perseverancia de estos hombres cuyas heridas fueron de las que nunca se curan y que conocieron las horas tenebrosas de la desesperación; gracias a la fe de estos hombres, que soportaron vejaciones y anatemas de un tono y una violencia que aún nos chocan ahora por ser difícilmente imaginables, la Iglesia comenzó, de forma lenta pero real, su singular mutación, de la que depende su misión y también su existencia. Y da que pensar, por otra parte, que a *la mayoría de estos cristianos, si aún vivieran, se les consideraría actualmente conservadores.*

Tiempos como aquellos no volverán. Aquellos procedimientos eclesiásticos pertenecen ya al pasado. Se ha consumado una ruptura irrevocable y definitiva con aquellas formas de conducirse la Institución. La Autoridad ya no tiene fuerza para reprimir de aquella forma dictatorial. Sin embargo, otros padecimientos –que tendrán que soportar con coraje, a lo largo de su vida, sin desalentarse– aguardan a los obreros de la mutación del mañana. No serán los sufrimientos que conocieron los pioneros del comienzo sino que serán *los de ver el desmoronamiento y el deterioro de la Iglesia* debidos a que la Autoridad, que ha regido su destino y la ha gobernado durante demasiado tiempo, lo ha hecho mal, demasiado confiada en sus propias luces y en la solidez y magnificencia de sus palacios de piedra.

Los creyentes para los que la Iglesia está en el centro de la vida, y para los que, porque no la separan de aquél de quien surgió, forma parte del tema de su fe, de la razón de su esperanza y del lugar de su caridad, ciertamente, no sufrirán de ella como sus antecesores –salvo rara excepción. Sin embargo, sufrirán por verla tan espiritualmente débil, tras el triunfalismo del que no logra desprenderse, así como por verla tan abandonada y ajena en un Mundo al que ha decepcionado por no ser suficientemente fiel a su Maestro. Así es como estos creyentes vivirán un acercamiento decisivo a Jesús de Nazaret y se le asemejarán, al tiempo que recibirán de él la fuerza para permanecer en su fidelidad tal como él fue fiel, hasta el final.